



La tía Jeannette y otros poemas JEANNETTE L. CLARIOND

MI HERMANA

Recostada en el sofá mi hermana escuchaba la lluvia,
la música de la cascada en el alero.
Subía el volumen de la radio
para no oír los pasos dispersos en el pasillo.

Ella sabía correr y llenar de aire sus pulmones,
hundirse cuatro metros bajo el agua
y alzaba altos trofeos de bronce.

Algunas veces pensé lo peligroso que es detener largos minutos el aliento,
llegué a creer que desaparecería para siempre.
Vivía la ilusión del no regreso: sumirse por debajo del nivel,
algunos centímetros bajo el nivel.
Nadie se siente bien a la intemperie siempre.
Para permanecer, es necesario el descenso.

MINA 1004

Arder, yo vi a mi abuela arder.
Agosto. Chihuahua, 1963. Ella ardió,
su fuera y su dentro, ardió en la calle Mina 1004.
Vi a mi padre envolverla en una sábana, el colchón ardía;
las cortinas, la alfombra, su vestido
ennegrecieron. Todo lo recogió.

«No hagan ruido, su madre está cansada.»
Lo vi de luto esa tarde de agosto con su corbata negra.
La recogió. Ceniza y llanto recogió.
El humo de la abuela en el zaguán, las tías
sorbiendo, ásperos, los grumos del café.
Había que borrar lo oscuro que dolía,
disolver la sal, el llanto, abrazarse,
sofocar el temblor del viaje, escuchar
a Paul Anka, por ejemplo, a falta de pulso
rayar el disco de 45 revoluciones por minuto.

Por instantes vivía, por instantes
todo fue púrpura: la mujer, el
cansancio, las frondas de los álamos. Después
el vidrio, el vidrio en el cedro,
el rostro quemado bajo el humo.

También mi madre ardió. En lágrimas su sonrisa apagada:
«Arréglame el pelo, me dijo, déjame salir
a ver si ya está seca la ropa».

Tuve miedo. De que sus pasos lentos no volvieran, de la tersura
de la hoja, del sigiloso carcomer,
del reseco peso de la hiedra, ya sin muro, del
florero en la cocina, sin flores. De ese cuarto ciego con su muerte tuve miedo.
De mí misma y el filtrarse del viento
que se llevaba el polvo de los sicomoros.

LA TÍA JEANNETTE

Ella leía la taza del café,
el dinero lo daba a los ciegos. El resplandor de la ventana
atravesaba su escasa cabellera
hasta alcanzar la *demitasse* que sostenía su mano.

«Veo tormenta», dijo un día. No supe si hablaba de mí.

Mi madre en los libros encerraba su dolor. Y Jeannette,
que llevaba en el nombre su sino, prefería la lectura del café.

Tarde a tarde en su casa la fila de mentes desesperadas:
que un viaje, que un amante, que la muerte,
un encuentro, cualquier cosa
que volviera extraordinaria su vida simple.

Ella, Jeannette, era la esencia imperfecta del amor,
ciega entre ciegos velaba la tormenta.

«Escríbelo todo», le dije, «escribe todo lo que
ves.» Nunca me escuchó,
ausente, bajo el humo de la luna.

Jeannette L. Clariond nació en Chihuahua, México, en 1949. Poeta y traductora. Licenciada en filosofía y maestra en metodología de la ciencia y letras españolas. Miembro del Consejo para la Cultura de Nuevo León. Ha colaborado en diversas revistas y periódicos nacionales y extranjeros como *ABC* (Madrid), *Armas y Letras* (UANL), *Deslinde*, *El colibrí*, *El País*, *Espacio Escrito* (Badajoz), *La Jornada Semanal*, *La Vanguardia*, *Letras Libres*, entre otros. Obtuvo la beca Rockefeller/Conaculta 2000 y la Banff CONACULTA para traductores 2004. Mención Honorífica en el Premio Nacional de Poesía Ramón López Velarde 1993 por *Mujer dando la espalda*. Premio Nacional de Poesía Efraín Huerta 1996 por *Desierta memoria*. Premio de Poesía Gonzalo Rojas 2001 por *Todo antes de la noche*.